
ROMANCE DE LA JURA DE LA CONSTITUCION.

(1820.)

Con clarines y atabales,
Alcaldes y Regidores,
En caballos enjaezados,
Con apostura y en órden,
Entre estruendosos repiques,
Y al retumbar los cañones,
Se dirigen á Palacio,
Adonde el Virey dispone
Recibirlos con gran pompa,
Entre plebeyos y nobles.
El frente de su Palacio
Como nunca, se vió entónces:
Un espléndido tablado
Que tocaba á los balcones,
Con cortinas de Damasco,
Con candelabros de bronce,

Con espejos colosales
 Y con guirnaldas de flores;
 Con versos en que ensalzaban
 A los libres españoles,
 Rebosando en entusiasmo
 Y en viles adulaciones.
 La gente llena la plaza
 Y está hormigueando en las torres,
 Hace muro en las alturas
 Y guarnece los balcones.
 De pronto reina el silencio,
 Alguno en alto se pone
 Y da lectura á la carta
 Que encierra las ilusiones
 De los desdichados pueblos
 Que entre sus luchas atroces
 Ven de pronto desarmados
 A sus crueles opresores.
 Pueblan los vivas el viento;
 La dicha en las calles corre;
 Del Obispo en el Palacio
 La lectura repitióse,
 Y las músicas marciales
 En himnos ardientes rompen.
 Llueven desde los tablados
 Los pesos y los doblones,
 Y los chicos, y los viejos,
 Las mujeres, y los hombres,

Cogen del maná la lluvia
 Y su cosecha recogen.
 Los liberales distinguen
 Un porvenir de esplendores;
 Los serviles ven herejes
 En llanuras y rincones,
 Y la rabia los devora
 Y el odio el alma les roe.
 Bufa de furor intenso
 La nobleza de abarrotos,
 Y la gente de sotana
 BÍlis riega á borbotones.
 Como buitres espantados
 Vuelan los inquisidores,
 Sin saber ni dónde han ido
 Los que más les reconocen.
 De duelo están los esbirros,
 Atónita está la Corte:
 A los llamados herejes
 Se les abren las prisiones,
 Y en el cielo de las almas
 Aparecen los albores
 Que vierte la prensa libre,
 Escudo y gloria del hombre.
 Pero ¡ay! que alguno percibe
 Entre los divinos goces,
 Un punto negro, que pronto
 Será mina de traiciones,

Y es guarida de serviles,
Y es alfolí de rencores
Mas que tal vez en provecho
La suerte propicia torne,
Trayendo la Independencia
Con admiracion del orbe.

ROMANCE DE ITURBIDE.

(NOVIEMBRE DE 1820.)

Platicado han, largo trecho,
Iturbide y Monteagudo;
El uno audaz y ambicioso,
El otro servil y astuto.
Ambos quieren á Fernando
Darle poder y refugio,
La Constitucion tornando
En vil irrision y en humo.
Audaz el uno propone,
De su genio á los impulsos,
Del Virey apoderarse
Con engaño y sin tumulto,
Y hacer que acepte sus planes
De los que es amigo oculto.
El otro piensa, vacila,
Y se marcha irresoluto,

Dejando al bravo guerrero
 Exasperado y confuso.
 Pasan dias y en Palacio
 Está el Virey taciturno
 Porque Armijo le renuncia
 Del Sur el mando absoluto,
 Faltándole un firme apoyo
 En tan peligroso rumbo.
 En el Sur está Guerrero,
 Que es como postrer reducto
 Que abriga á los insurgentes
 Y que propaga su influjo.
 Tambien está Pedro Asencio,
 Que es de Guerrero segundo,
 Y que activo se aparece
 Por los más distantes puntos,
 Sembrando terror y espanto
 Con su espada y con los suyos
 Cruzaba como luz fatua,
 Ya indeciso, ya exabrupto,
 Ya en la cima de los montes,
 Ya entre los bosques oscuros,
 Cayendo como panteras
 Sus hombres, medio desnudos,
 Sobre realistas, que esparcen
 Por doquier terror y luto.
 Pide Apodaca, turbado,
 Su consejo á Monteagudo,

Y éste, diestro le señala
 Como el apropiado y único
 Para reemplazar á Armijo,
 A Iturbide, al que con gusto
 Llama el Virey; su confianza,
 Entrégale sin escrúpulo;
 Del mando en Jefe le inviste;
 Y él falaz, y él con orgullo,
 Despues de haber protestado
 Que hace sacrificio sumo,
 Y decir que se consagra
 Todo á su Monarca augusto,
 Sale, dejando á Apodaca
 Lleno de placer profundo,
 Llevando en el alma engaños
 Que iluminan su futuro.



ROMANCE DE LA PROFESA.

(1820.)

Miéntas á México espanta,
Miéntas á Mexico incendia
La Constitucion de España,
Que al mismo tiempo comentan
Unos como don del cielo,
Otros plaga de esta tierra,
En el Oratorio Santo
Que llaman de la Profesa,
Donde el servil retroceso
Se respira desde á legua;
Donde el fanatismo ciego
Se mira desde las puertas;
En donde están los pecados
Hechos sapos y culebras,¹

1 Alusion á los cuadros estúpidos de la portería de la Profesa.

Y donde el claustro se ha vuelto
 De conspiradores cueva,
 Está en lugar separado
 Una amplia y cómoda celda,
 Que á no ser su humilde entrada
 Pudiera llamarse régia.
 Baldoquin con Santo Cristo,
 Pantalones de Venecia,
 Camapés de rico tripe,
 Sillones de caoba y seda,
 Estante con pergaminos,
 Sobre el estante la beca,
 Y el bote de hoja de lata
 Con las borlas de la ciencia.
 Al medio, mesa maciza
 Con soberbia papelera,
 Con velador y tintero,
 Arenilla y falsa regla;
 Y en el centro y á sus lados,
 Dos sillones de vaqueta.
 En el momento en que estamos,
 El humo nubla la pieza:
 Casacones y sotanas
 En revolucion se encuentran;
 Los unos vierten conjuros,
 Otros vomitan blasfemias;
 Cada bonete parece
 Que está coronando un Etna,

Y aturde el ruido de voces,
 Y aturden las toses secas;
 Hasta que se oye un acento
 Que autoritativo impera
 Y que el órden restablece
 Desde el centro de la mesa.
 Al resonar la palabra
 Se vuelve la concurrencia,
 Y ve al doctor Monteagudo
 Con su cara amarillenta,
 Que es el alma de la junta
 Por su poderosa influencia.
 Allí está el doctor Tirado,
 Ex-inquisidor de cuenta,
 Y Bataller, sanguinario,
 El de corazon de hiena.
 Allí hay varios españoles
 Notables por su riqueza,
 Y notables porque tienen
 De pedernal la mollera.
 Pero los que más abundan,
 Más arden, y más altercan,
 Son los santos sacerdotes,
 Que, hechos áspides y fieras,
 La Constitucion maldicen,
 En derribarla se empeñan,
 Y el veneno justifican,
 Y los puñales aprestan,

Ofreciendo al mismo crimen
 El cielo por recompensa.
 “El Plan—dice Monteagudo—
 “Es que el Rey Fernando venga,
 “Y aquí se salve y nos salve,
 “Y salve á la Santa Iglesia:
 “Que perezcan los herejes
 “Que de nuestro Dios blasfeman;
 “Que ese Código maldito
 “Entre las llamas perezca
 “Con sus perversos autores,
 “Luto y mengua de la tierra.”
 “¿Y el ejército—pregunta
 Alguno—es de gente nuestra?”
 Una ronca voz responde.
 “¿Y el Virey?”—Otros contestan:—
 “Ayer formó en estas filas,
 “Y aunque afecta otras creencias
 “Constitucion protegiendo,
 “El plan está en su conciencia,
 “Y es su adoracion Fernando
 “Y su libertad desea.”
 “Pero ¿quién es el caudillo
 “Propio para tal empresa?”
 Exclama el doctor Tirado,
 Con voz trémula y perpleja.
 El murmullo se levanta,
 Brotan nombres por doquiera,

Surgen mil candidaturas
 Que naciendo se desechan.
 Una voz clama: “Iturbide.”
 Y al instante que resuena,
 Los unos en pié se ponen,
 Otros su entusiasmo muestran,
 Otros estallan furiosos
 Como en medio á la pelea,
 Y se deja ver el fuego
 De las almas que se incendian.
 “¿Aprobado?—Monteagudo
 Grita. Responden:—“Se aprueba,”
 Conviniendo en que el proyecto
 Ponga en planta la prudencia.

ROMANCE DE PEDRO ASENCIO.

(TLATLAYA 1820.)

Lacio cabello, alta frente,
Moreno, los ojos negros,
Flaco, nervudo, expedito,
El cuerpo más bien pequeño,
Pero soberbio y erguido,
Era el bravo Pedro Asencio,
Amado de sus valientes,
Idolatrando en Guerrero,
No dejando á los realistas
Ni que tomaran resuello.
De las fuerzas de Iturbide
Se pone en constante acecho,
Cual tigre que entre las ramas
Se esconde de árbol espeso
Y deja venir su presa
Para asaltarla mañero

Cuando esté más descuidada
 Y se haga de ella más dueño
 Así esperaba en Tlatlaya
 Al realista el bravo Pedro,
 En una intrincada sierra
 Llena de horribles tropiezos,
 Surcada de hondas cañadas,
 Dominada de altos cerros,
 Con escabrosas veredas
 Y abismos que causan miedo
 Deja pasar la vanguardia
 Que manda Iturbide mismo;
 Con Quintanilla á su frente
 Espera que pase el centro,
 Y al llegar la retaguardia
 Con un González intrépido,
 Que de los suyos incauto
 Aislado quedaba y léjos,
 Desde el alto de los montes
 Grita el insurgente: "¡Adentro!!"
 Y peñas y troncos de árbol,
 Entre torrentes de fuego,
 Con los surianos valientes
 De las alturas cayeron.
 Los realistas, iracundos,
 Hacen heróicos esfuerzos,
 Mas al abismo rodaban
 Al empuje de los nuestros.

Alza el incendio su llama,
 Amontónanse los muertos,
 Y sobre ellos, como furia
 Se levanta Pedro Asencio,
 Chorreando sangre su espada,
 En un bridon como el viento,
 Muerte y terror propagando,
 Muerte y terror difundiendo.
 Sólo Brito y tres soldados
 En la lid no perecieron:
 En vano vuelve Iturbide
 En ira y despecho ardiendo;
 En vano de Quintanilla
 Los soldados acudieron;
 En vano Davis Bradburen¹
 Valiente sostiene el centro.
 La derrota consumóse,
 Y los entusiastas ecos
 De los vivas á la Patria,
 Y los vivas á Guerrero,
 Brotaron de las montañas,
 Con gloria de Pedro Asencio.

1 El apellido es *Brad-burn*, pero en general se pronunciaba
 como está escrito.